

**LEON XIII, JOSE MARTI Y EL PADRE MCGLYNN.
 UN ESFORZADO LUCHADOR SOCIAL EN NUEVA
 YORK A FINES DEL SIGLO XIX.**

Manuel Maza Miquel, sj.*

Este artículo presenta un incidente en el que se vieron envueltos León XIII (1810-1878-1903) y Edward McGlynn (1837-1900), un sacerdote de Nueva York, en conflicto con su Arzobispo, Michael A. Corrigan (1839-1878-1902) a causa de sus convicciones político-sociales.

Ya hace más de un siglo, José Martí (1853-1895) siguió atentamente este conflicto eclesiástico. Desde Nueva York, donde ejercía el periodismo, Martí les aseguraba a sus lectores de *La Nación* de Buenos Aires, el 16 de enero de 1887, que:

Nada de lo que sucede hoy en los Estados Unidos es comparable en trascendencia e interés, a la lucha empeñada entre las autoridades de la Iglesia Católica y el pueblo católico de Nueva York.

Este pequeño incidente revela las mentalidades y los intereses en pugna en la época en que *Rerum Novarum* fuera publicada, y continúa planteando para nosotros, ciudadanos antillanos católicos, interrogantes inescapables.

El Padre Edward McGlynn

Nacido el 27 de septiembre de 1837 en la ciudad de Nueva York, el Padre Edward McGlynn descendía de inmigrantes irlandeses. Estudió en

* Profesor de historia y teología en el Recinto Santo Tomás de Aquino de la PUCMM y en el Instituto Filosófico "Pedro Francisco Bonó".

la escuela pública hasta los 13 años. A esa edad inició su formación en el seminario que le llevaría al Colegio de la Congregación de Propaganda Fide en Roma. Allá fue ordenado sacerdote el 24 de marzo de 1860 y de Roma regresó con el título de doctor en teología.

El primer ministerio del Padre McGlynn fue trabajar como asistente del Reverendo Thomas Farrell en la Iglesia de San José, situada en la sexta avenida de la ciudad de Nueva York. Es difícil establecer cuánto influyera el Padre Farrell en las ideas sociales del McGlynn. Farrell había luchado contra la esclavitud y dejó en su testamento 5000 dólares para una parroquia dedicada a la evangelización de los negros. En 1866 McGlynn fue nombrado párroco de la populosa comunidad de San Esteban, una de las mayores de Nueva York. Uno de sus primeros biógrafos, S.L. Malone en 1918 ponía en boca de McGlynn este resumen de su vida:

a mi puerta llega una interminable procesión de hombres mujeres y niños pequeños mendigando no limosna sino trabajo...empecé a preguntarme —¿y no habrá un remedio para todo esto? Comencé a estudiar un poco de economía política y a preguntar: — ¿Cuál es la ley de Dios para el sustento de su familia aquí en la tierra?

Las ideas del P. McGlynn

McGlynn creyó haber encontrado la respuesta a sus cuestionamientos en las enseñanzas socio-económicas de Henry George (1839-1897) quien identificaba a la renta como el origen de la pobreza. George postulaba el impuesto sobre la tierra como la solución a los males sociales. Su sistema de impuesto eliminaría la especulación a partir de las propiedades y toda ganancia que no proviniera del trabajo. Entonces, el impuesto sobre la renta (el income tax), otro tipo de carga fiscal, era todavía una idea altruista entre economistas y reformistas. Se convertiría en ley en 1913 cuando se aprobase la enmienda número 16 a la constitución de los Estados Unidos de América.

En 1880 McGlynn había descubierto el libro de H. George **Progress and Poverty** (1879) gracias a un joven obrero que trabajaba en la imprenta que imprimió la obra. Para muchos sectores de la sociedad, incluida la Iglesia, las ideas de George y por ende las de McGlynn sobre la propiedad y la tierra, oían a socialismo. Por eso, hacia 1882 el Cardenal Giovanni Simeoni, Prefecto de la Congregación de Propaganda Fide, instruyó a las autoridades de la arquidiócesis de New York que le exigieran a McGlynn el abstenerse de sostener sus ideas en público. Además, el

Vaticano intentaba en aquel momento reestablecer relaciones diplomáticas con Inglaterra con la esperanza de presionar al gobierno italiano hacia la devolución de algunos territorios pontificios, o al menos de Roma. La postura de sacerdotes irlandeses, reformistas e independentistas como McGlynn, no sólo olía a socialismo, también resultaba embarazosa para aquella ofensiva diplomática.

En 1882 las quejas contra McGlynn continuaban. El 15 de Agosto, McGlynn había pronunciado un discurso ante la filial Parnell de la "Liga de la Tierra" de la ciudad de Cleveland, un grupo de mujeres irlandesas excomulgadas por el Obispo Richard Gilmour por su empecinamiento en participar en política, atreviéndose a contradecir en público las convicciones de su pastor. El Obispo Gilmour sostenía que la modestia, adorno femenino, y la política eran irreconciliables. El Vicario de Cleveland, en ausencia del Ordinario, le había avisado a McGlynn que su discurso socavaría la autoridad del Obispo Gilmour y causaría grave escándalo.

El Cardenal Arzobispo de Nueva York, John McCloskey reprendió a McGlynn, según el Obispo Michael A. Corrigan, por "sus diversos discursos comunistas". Según la misma fuente, McGlynn se sometió humildemente prometiendo no participar en ningún mitin público en el futuro.

A pesar de que el Vaticano desde septiembre de 1882 había autorizado al Cardenal McCloskey para que suspendiera del ministerio a McGlynn, el Cardenal se sintió satisfecho con las promesas del activo sacerdote irlandés y dejó así las cosas. Durante la Cuaresma de 1883, con motivo de una colecta en beneficio de campesinos pobres, McGlynn aprovechaba la ocasión para hablar en pro de la independencia de Irlanda. Esto le valió una nueva reprimenda de Roma. McGlynn protestaba ante McCloskey que sus ideas se podían encontrar entre curas y obispos en cualquier sermón del día de San Patricio, patrono de Irlanda. McGlynn prometió no participar en más reuniones públicas y dar a conocer a través de la prensa un comunicado mostrando que él no sostenía ninguna doctrina contraria a la de la Iglesia.

Hacia el otoño de 1883 McGlynn de nuevo pronunciaba sus discursos, pero ese fin de año y todo el 1884, los Obispos norteamericanos andaban muy ocupados con el Tercer Concilio Plenario de Baltimore para poder seguirle los pasos a McGlynn.

Durante la primavera de 1885, hallándose el Cardenal McCloskey gravemente enfermo, el Obispo Corrigan le enviaba al mismo Padre McGlynn unos recortes de periódicos donde se reseñaban las ideas del

sacerdote activista sobre la propiedad privada. Se le pedían aclaraciones. McGlynn respondió con otros recortes donde cualificaba sus primeras afirmaciones.

En Campaña

Hacia el verano de 1886, McGlynn estaba muy envuelto en la campaña electoral de 1886, apoyando la candidatura de Henry George para Alcalde de Nueva York con discursos y comparecencias en público. El 29 de septiembre de 1886, el Ordinario de Nueva York, Monseñor Corrigan le prohibió a McGlynn formalmente el que hablase a favor del candidato Henry George en un mitin público en el Chickering Hall, como ya estaba anunciado. McGlynn replicó que sería imprudente el faltar a su compromiso, pero que se abstendría de pronunciarse en este sentido en el futuro.

Aquella noche, ante una multitud electrizada McGlynn declaraba a Henry George "el hombre más generoso de la nación, formado por la Providencia para predicar el nuevo Evangelio". El Arzobispo lo suspendió por dos semanas y de nuevo otras dos hacia fines de noviembre de 1886. McGlynn continuaba su actividad en favor de la candidatura de Henry George. El día de las elecciones, 2 de noviembre de 1886, McGlynn se paseaba en carro con Henry George. Eso lo había tenido que hacer, afirmaría McGlynn el 4 de febrero de 1887 en un artículo del *New York Daily Tribune*, en respuesta a una carta malintencionada del Vicario General de Nueva York, Padre Thomas Preston y por los ataques contra la candidatura de George desde varios púlpitos newyorquinos. Muchos atribuirían los 68,000 votos alcanzados por el derrotado Henry George en gran medida al apoyo de McGlynn.

El 24 de noviembre de 1886, en carta al Cardenal Simeoni, Corrigan lanzaba contra "el obstinado e irascible" McGlynn las acusaciones más graves:

persistía en predicar doctrinas contrarias al Catolicismo y a la mayoría del pueblo Norteamericano. McGlynn denigraba al Papa y sostenía la herejía de que "el ministro -no deriva su poder del Arzobispo, sino del laicado- un esfuerzo impúdico, pensaba Corrigan, de democratizar -el culto sagrado y la iglesia-"

McGlynn castigado

En diciembre de 1886 era ya público que el Arzobispo Corrigan removería a McGlynn de párroco. Ante estos rumores el P. Patrick McSweeny, amigo de McGlynn, visitó a Corrigan para rogarle que

recibiera y escuchara a McGlynn antes de castigarlo. Corrigan no hizo caso. El 14 de enero de 1887, el Arzobispo Corrigan removió a McGlynn de su carga pastoral como párroco de San Esteban. La parroquia quedaba a cargo del Monseñor Donnelly. El 16 de enero, un cable del Cardenal Simeoni instruyó a McGlynn a retractarse en público de sus teorías sobre tenencia de tierra y a viajar a Roma inmediatamente. En el mismo sentido le instaba también el Cardenal James Gibbons (1834-1921) desde Roma el 18 de febrero.

Bajo este fuego cruzado, McGlynn se había hecho representar por el Doctor en derecho canónico Richard Burtzell, quien cablegrafió al Vaticano el 11 de marzo las condiciones en las que McGlynn estaba dispuesto a trasladarse a Roma. En una larga carta al Cardenal Gibbons, Burtzell explicaba el punto de vista del sacerdote, avalándolo con los cánones y la doctrina en la que también McGlynn era doctor.

El Cardenal Gibbons no dio a conocer, ni el telegrama ni la carta, a las autoridades romanas pues, no le gustó ni el tono, ni las acusaciones contra el Arzobispo Corrigan. Se limitó a comunicar oralmente al Cardenal Simeoni los motivos de McGlynn para no trasladarse a Roma.

Desde Enero de 1887, con las nuevas instrucciones de Roma, la situación de McGlynn cambiaba. El mismo Corrigan no le consideraba ya suspendido a *divinis* y por eso le sugirió al abogado y amigo de McGlynn, Richard Burtzell, que se lo hiciera saber. Burtzell se encogió de hombros, pues sabía que esto cambiaría muy poco entre el Arzobispo y McGlynn. En la práctica Corrigan daba a entender que McGlynn continuaba suspendido, pues no le permitía decir misa en público ni predicar mientras no fuese a Roma.

Con la simpatía de los fieles

En la parroquia, los fieles de San Esteban apoyaban a McGlynn. El portero se negaba a mantener la calefacción. Nadie se ofrecía a recoger la colecta. Se aparecían pocos monaguillos. La noche del Domingo 16 de Enero, se reunieron en San Esteban unos 7000 a 8000 parroquianos, según el *Daily Tribune* de New York. Monseñor Donnelly consideró por unos instantes impedir la entrada de esta multitud al sótano de la Iglesia. Pero se fue, para volver más tarde con un escuadrón de policías, quienes aconsejaron a Donnelly la vía prudente: dejar que terminara aquella asamblea, la cual acordó boicotear la parroquia y enviar una delegación a exponerle todo el asunto a Corrigan. El Arzobispo se negó a recibirlos aleccionándoles: "...en la Iglesia Católica los Obispos refieren sus acciones a los Superiores, y nunca a aquellos que están a su cargo."

El Domingo siguiente la Misa se celebró con la asistencia de un escuadrón de policías. El boicot continuaba. Monseñor Donnelly logró impedir otro mitin en el sótano de la iglesia cerrando con candado la entrada. Los partidarios de McGlynn formaron el Comité de los 35 y desde la mitad de febrero se reuniría semanalmente para promover el regreso de McGlynn.

McGlynn a la carga

El 4 de febrero de 1887, mientras Corrigan descansaba y visitaba las Bahamas, McGlynn rompió su silencio en el *Daily Tribune* de New York:

Yo no le reconozco ningún derecho a ningún Obispo, Propaganda (se refiere a la Congregación de Propaganda Fide) o Papa, a castigarme por mis acciones como hombre y ciudadano en las últimas elecciones, [o por mi participación] en otros movimientos políticos. Les niego el derecho a censurarme o castigarme por mis opiniones de economía política a no ser que muestren que estas opiniones son claramente contrarias a las enseñanzas de la religión cristiana. Esto no lo han hecho y yo sé que ellos no pueden hacerlo.

Según McGlynn se repetía la tragedia de la incomprensión de Copérnico y Galileo por eso se quejaba de que se estaba cometiendo:

la locura y la vergüenza de condenar la verdad científica como herejía religiosa. Parece que están destinados a repetir este crimen y esta pifia, y añadir todavía otro motivo más, a los que ya tienen los hombres para considerar a la autoridad eclesiástica como uno de los mayores enemigos del progreso y del desarrollo nacional y de la libertad racional, y de [considerar la religión] como un obstáculo, más que una ayuda, en el camino de traer a todo el mundo a la luz, la pureza y el bienestar que dimanar de las enseñanzas y del ministerio de Cristo.

McGlynn pronunció un discurso el 28 de marzo de 1887 en el cual continuaba exponiendo sus principios. Algunos amigos sacerdotes asistieron. El 17 de abril, Corrigan recibía el apoyo de 55 sacerdotes alemanes, la mayoría pertenecientes a congregaciones religiosas. Con motivo del décimo cuarto aniversario de la elevación de Corrigan al episcopado, el 4 de mayo de 1887, el redentorista P. Frederick Wayrich leía una carta firmada por 357 sacerdotes, de los 440 de la arquidiócesis de Nueva York en ella:

El clero de la Arquidiócesis de Nueva York condena toda desobediencia a las autoridades legítimamente constituidas, especialmente las de la Iglesia y no tiene ninguna simpatía por los esfuerzos de aquellos que ignoran esta autoridad.

La excomunión del P. McGlynn

Los mítines en apoyo de McGlynn continuaron durante los meses de Marzo y Abril. El Arzobispo Corrigan se sentía cada vez más nervioso pues la esperada condena de McGlynn por la Santa Sede no acababa de llegar. Como se ha dicho más arriba, la Santa Sede desconocía que McGlynn había respondido a través de su abogado. El Arzobispo de Nueva York recibió un consuelo en medio de la tensa espera. A finales de Marzo, León XIII distinguló a Corrigan nombrándolo Camarero al servicio del Trono Pontificio.

A mediados de Abril, León XIII nombró una comisión para volver a estudiar el caso. Después de tres días de deliberaciones, la comisión falló en contra de McGlynn. Las medidas, como sabría McGlynn inmediatamente, eran que él se trasladase a Roma dentro del plazo de 40 días o quedar excomulgado.

McGlynn ignoraba que ni su telegrama ni la carta de su abogado canónico Burtzell habían llegado hasta el Papa. Por razones de salud se negó a obedecer al Papa. Corrían los 40 días. La noche del Sábado 18 de junio los partidarios de McGlynn organizaban una manifestación monstruosa en la que participaron unas 75,000 personas, en su mayoría mujeres. McGlynn se dirigió así a la multitud:

Hay que distinguir entre la Iglesia y los meros administradores de aquello que pudiera llamarse -usando una expresión común de la política americana- la maquinaria eclesiástica. No se puede negar que la maquinaria...durante miles de años ha perpetuado sus errores, fiascos y ha cometido crímenes...Ella ha sido una fuente fecunda de agnosticismo, increencia y odio positivo contra la Iglesia, especialmente en aquellos países denominados Católicos, y nosotros somos del sentir, que esta noche estamos del lado de nuestra fe y de los derechos de los ciudadanos Americanos.

El 25 de Junio Henry George le manifestaba a los cientos que llenaban la Academia de Música en el mitin semanal de la Liga Contra La Pobreza, que el movimiento de apoyo a McGlynn, "era más importante que cualquier movimiento encabezado por Lutero". Ahí estaban las manifestaciones en Nueva York y Chicago, añadía Henry George, que le decían a Corrigan: --Ustedes no podrán aislar a McGlynn con la amenaza de la excomunión--.

El 10 de Julio, cuando se esperaba de un momento a otro la pena de excomunión, McGlynn reafirmaba su posición ante una multitud galvanizada. "El no podía obedecer al Papa, les decía, por la misma religión que él había aprendido a la sombra del Vaticano" que:

un hombre que peca contra su conciencia, peca contra el Espíritu Santo. Y hasta en el caso de que el poder que se sienta en el trono del Vaticano le ordenase a un hombre que violase su conciencia, el obedecer esa orden sería pecar contra el Espíritu Santo.

El Arzobispo recibió en cable de Propaganda Fide excomulgando a McGlynn el 1ro de Julio de 1887. Dos días más tarde le escribía a McGlynn, quien sólo recibió la carta el 13 de junio.

José Martí y el caso McGlynn

El periodista y patriota cubano se ocupó del asunto McGlynn al menos en tres de sus entregas a los periódicos *La Nación* de Buenos Aires y *El Liberal* de México durante el año de 1887.

Martí parece haber asistido a algunos de los mítines en favor de McGlynn. Sus descripciones tienen el sabor de lo directo: "Acabo de verlos, de sentarme en sus bancos, de confundirme con ellos..."

En 1887 Martí tiene 34 años y ya se ha hecho una opinión casi definitiva de lo que es la religión, pero el testimonio de McGlynn y de sus simpatizantes lo hará reevaluar sus convicciones. Martí ha visto "...brillar el hombre en todo su esplendor en espíritus donde yo creía que una religión atentatoria y despótica lo había apagado". El caso de McGlynn le servirá a Martí para enjuiciar el lado negativo del catolicismo y para señalar su vertiente luminosa.

Crítica martiana al catolicismo

En estos tres artículos que estudiamos, Martí condena a los que comercian con la fe, a los que utilizan la fe para ganar influjo social a costa de vender votos. Abusando de la buena fe de los Irlandeses, el clero y sus agentes se ganaban la confianza de la gente sencilla, "se le entraba pidiendo vestido de mujer, con un huerfanito en la mano". Pero este tipo de religión podía dañar toda la nación. "Como un pulpo, braceando en la sombra, se le iba viniendo encima el mal catolicismo a la República".

Dos aspectos fundamentales del "mal catolicismo" son condenados por Martí: primero, porque se convierte en un arma en manos de la jerarquía, y segundo, por el efecto que produce en los pobres. Martí identifica a los dos. Escribe el 16 de enero de 1887:

Lo degradante del catolicismo es el abuso que hacen de su autoridad los jefes de la Iglesia, y la confusión en que mezclan a sabiendas los consejos maliciosos de sus intereses y los mandatos sencillos de la fe.

El 20 de julio de 1887 Martí atacaba a la Iglesia porque entendía que le quitaba al pobre las ganas de luchar. Para Martí, aquella Iglesia mal aconsejaba al pobre así:

La pobreza es divina: ¿qué cosa más bella que un alma fortificada por la resignación?; allá en el cielo se encuentra luego el premio y el descanso! —Y aquí, donde cada mañana, como se avienta el trigo, se avienta al sol la vida pública; donde todo se inquiera y se comenta; donde lo descarnado y ansioso de la existencia habitúa al hombre a la realidad brutal; aquí, entre esta gente sanguínea y musculosa, hecha a la verdad y el puñetazo, ¿no habrían de verse esos comercios, esas traiciones, del voto católico a los políticos, esas ventas, esas ligas de los ricos de todas las sectas, esa osadía de hablar de la pobreza de Jesús y vivir de faisán con vino de oro en pompa de palacio, deslizado la púrpura suave entre altas damas, que gusten de los clérigos blandilocuos?

Resulta al menos interesante señalar el valor que tenía para Martí la figura de Jesús.

Martí enjuicia al Arzobispo Corrigan y a León XIII

Martí ve en la condena del Padre McGlynn una maniobra de Corrigan y sus aliados entre los ricos de Nueva York. Al sacerdote se le condena por ponerse del lado de los pobres apoyando la candidatura de Henry George. Ahora se le acusa de meterse en política, pero cuando apoyaba a Grover Cleveland, candidato simpático al Arzobispo, no se le dijo nada. Pero el Arzobispo perdió su estatura moral cuando indicó a sus párrocos que orientaran el voto católico hacia las candidaturas del "establishment".

De igual manera, León XIII quería que McGlynn viajara a Roma porque el sacerdote irlandés defendía la causa de los pobres y esa causa no parecía interesarle al Papado. Para Martí León XIII no era más que "un italiano que no sabe dónde está Nueva York". Un Papa que había abandonado a los patriotas irlandeses y a los católicos alemanes cuando a los intereses de la Santa Sede así le había convenido.

El McGlynn de Martí

Para Martí, McGlynn era un párroco fuera de serie, "...el más ilustre de todos, el único ilustre, [que] no abandonó a las clases llanas" cuando las autoridades eclesásticas se manifestaban contra el voto socialista en la campaña de 1886.

En sus escritos, Martí cita a McGlynn probablemente usando materiales extraídos de la prensa de la época. A través de Martí, McGlynn se

dirige a sus lectores. El sacerdote excomulgado quiere que "la Iglesia se gobierne en bien de los pobres y no contra ellos en bien exclusivo de la Iglesia". Su templo es "... la única parroquia amada y popular de Nueva York". McGlynn se afana para que "...no engañen a mi pueblo; para que no prospere por métodos corruptores una Jerarquía eclesíastica egofista; para que el clero viva en aquella nobleza y santidad de los siglos en que la Iglesia pobre admiró y sedujo al mundo".

El McGlynn retratado por Martí también condenaba a ese catolicismo abominable y avaro que odia la libertad. Condenaba las escuelas parroquiales como "instituciones superfluas". Quería cerrarle el paso a las escuelas parroquiales "...para que no nos quiebren desde el nacer el carácter con un sistema de serviles escuelas de parroquia, donde clérigos ignorantes y abyectos, en vez de alas pondrán al niño vendas".

El McGlynn de Martí clamaba como un profeta del Antiguo Testamento:

¿Sabéis por qué me han excomulgado? ¡Porque he visto que la distribución injusta de la riqueza, que la Iglesia debiera corregir en vez de aprovechar, tiene ya amontonada mucha cólera en el pecho de los hombres; porque creo que, en el riesgo de este encuentro bárbaro, peca contra Dios el que, en vez de evitar la obra de muerte con una distribución más justa, la atrae con su descaro y la provoca...

Reevaluación positiva del catolicismo a partir del Padre McGlynn

Estos errores del clero y de la jerarquía no aprisionaron a Martí en una postura simplemente negativa respecto de la religión católica. Al "mal catolicismo" Martí oponía la vivencia de McGlynn y su comunidad. El excomulgado sacerdote Irlandés estaba llevando a cabo una síntesis entre la fe y el mundo moderno. McGlynn era de "los curas buenos" de esos que explican "la verdadera teología". En McGlynn se palpaba la reconciliación de realidades hasta entonces enfrentadas: "Se ve cómo pueden caber, sin alarma de la libertad, la poesía y virtud de la Iglesia en el mundo moderno... Se entiende que se pueda ser católico sincero, y ciudadano celoso y leal de una república..."

Martí se pregunta, ¿dónde hubiera estado Jesús en aquella lucha? Jesús hubiera estado "en la casita pobre en que el padre McGlynn espera y sufre". La clave para comprender el parentesco entre Jesús, el catolicismo de McGlynn y las ideas de Henry George, son los pobres. Para Martí el movimiento de Henry George y su libro *El Progreso y la Pobreza* están animados por "...aquel mismo amor del Nazareno, puesto en la lengua práctica de nuestros días."

La verdad de la causa de McGlynn queda garantizada por este hecho: sus amigos están no en los centros de poder sino "...en los barrios sombríos donde las almas saben de angustia". Ya pueden decir lo que quieran las autoridades de la Iglesia, esos obreros no abandonarán a McGlynn, porque: "La verdad se revela al hombre en el trabajo con tal poder y armonía, que no hay Papa que pueda conmover en las almas de los trabajadores la superior justicia que les ha enseñado el mundo". Martí ve en los pobres una capacidad misteriosa para reconocer y reafirmar la validez del Evangelio:

¡Y son como siempre los humildes, los descalzos, los desamparados, los pescadores, lo que se juntan frente a la iniquidad hombro a hombro y echan a volar, con sus alas de plata encendida, el Evangelio! ¡La verdad se revela mejor a los pobres y a los que padecen! ¡Un pedazo de pan y un vaso de agua no engañan nunca!

A través de los pobres Martí capta la trascendencia de la postura de McGlynn para todo el catolicismo.

Luchas verdaderas, falsos dilemas

Con discernimiento certero, Martí pondrá el dedo en la llaga señalando lo que verdaderamente estaba en juego en el caso de McGlynn. No se trataba de un cura hereje, ni de castidad dudosa, ni irrespetuoso de la legítima autoridad del Pontífice en materias religiosas y dogmáticas. Se trataba de la libertad de un párroco y de cada cristiano de sostener y defender en materia política sus propias convicciones. Se trataba de que "El mundo [había] crecido...aquel pueblo de ayer, crudo y espantadizo, [estaba] tomando asiento delantero, y viendo cómo limpia el templo humano de víboras y momias." Se trataba de que "De vez en cuando es necesario sacudir el mundo, para que lo podrido caiga a tierra."

En aquel momento, Martí captó y expresó todo lo que había de noble en la lucha de McGlynn y de los pobres de Nueva York donde también se reflejaba el falso dilema enfrentado por los católicos cubanos e independentistas:

¿Conque el que sirve la libertad, no puede servir a la Iglesia? ¿Conque hoy, como hace cuatro siglos, el que se niega a retractar la verdad que ve, y que la Iglesia acata donde no puede vencerla, o tiene que ser vil, y negar lo que está viendo, o en pago de haber levantado en una diócesis corrompida un templo sin mancha, es echado al estercolero, sin agua bendita ni suelo sagrado para su cadáver? ¿Con que la Iglesia se vuelve contra los pobres que la sustentan y los sacerdotes que estudian sus males, y echa el cielo en la hora de la hiel del lado de los ahitos, y arremete con ellos, como en los tiempos del anatema y la flor del Papado, contra los que no hallan bien que

las cosas del mundo anden de modo que un hombre vulgar acumule sin empleo lo que bastaría a sustentar a cincuenta mil hombres? ¿Conque la Iglesia no aprende historia, no aprende libertad, no aprende economía política?...

El Vaticano reconsidera

La encíclica *Rerum Novarum* del 15 de mayo de 1891 fue considerada por muchos conservadores como un golpe de gracia papal a Henry George y sus doctrinas sin que se les mencionase por nombre propio. "Los partidarios del Arzobispo Corrigan comenzaron a proclamar la encíclica como la gran vindicación autorizada de la larga lucha del Arzobispo contra McGlynn y George"

Los primeros pasos hacia una reconciliación entre Corrigan y McGlynn los dio el Arzobispo el Miércoles de Ceniza de 1890 cuando le escribía desde Tierra Santa al presbítero excomulgado: "si había algo que él podía hacer para facilitar la reconciliación del sacerdote con la Iglesia".

McGlynn le respondía que ciertamente el Arzobispo podía hacer mucho y que él siempre había actuado de acuerdo a su conciencia. Siguió un intercambio de cartas en las cuales Corrigan le invitaba a visitar al Papa en Roma en privado, y el sacerdote activista se excusaba por motivos de salud y razones familiares. McGlynn terminaba preguntando, "...mientras tanto, ¿debo de permanecer excomulgado?" No hay trazas de que estas negociaciones continuaran. El 18 de Mayo de 1890 Corrigan le enviaba un memorándum al Cardenal Camillo Mazzella, S.J., en el cual insistía, "La suavidad hacia el Dr. McGlynn no le hará ningún bien, y le hará mal a otros..."

Antes del Otoño de 1890 el Cardenal Secretario de Estado, Mariano Rampolla, se interesó en el caso McGlynn. También otras autoridades eclesíásticas norteamericanas, como el Arzobispo John Ireland de Minneapolis, Minnesota y Mons Denis O'Connell, Rector del Colegio Americano de Roma. En la Congregación de Propaganda Fide ya no mandaba Simeoni sino el Cardenal Miecislau Ledochowski. Los amigos de McGlynn le convencieron de que presentara una carta a Ledochowski expresando su deseo de reconciliación y su voluntad de viajar a Roma si las censuras eclesíásticas eran levantadas. Todo esto ocurría hacia la mitad de 1892, cuando la Liga Contra la Pobreza, ya en su quinto año, perdía fuerzas. McGlynn ya no era noticia. Los auditorios que él y Henry George habían llenado, ahora estaban vacíos y mudos.

Antes de partir hacia los Estados Unidos como representante del Papa ante la reunión de los Arzobispos, Francisco Satolli recibió del

Cardenal Rampolla las facultades para absolver a McGlynn y dar los pasos necesarios hacia su reconciliación.

Desde que se encontró con Corrigan, Satolli expresó su deseo de acabar con el asunto McGlynn. Corrigan previno al Cardenal Rampolla que no se permitiese a Satolli reconciliar a McGlynn a partir de una renuncia general de sus ideas.

Hacia mediados de Diciembre de 1892, se le hizo saber al amigo de McGlynn, Padre Burtzell, que el sacerdote excomulgado debía de preparar una presentación de sus doctrinas económicas.

En su exposición, el correcto McGlynn distinguía:

entre la posesión exclusiva y privada de la tierra, la cual McGlynn concedía que era necesaria para la plena realización del individuo de los frutos de sus esfuerzos y [por otra parte] la propiedad estrictamente hablando de la tierra, que la comunidad no podía jamás entregar a ningún individuo.

Además de su exposición, McGlynn incluía una carta personal a Satolli en la cual ofrecía su adhesión a todas las enseñanzas fundamentales de la *Rerum Novarum*. Burtzell entregó los documentos a Satolli el 20 de Diciembre en la Universidad Católica. Cuatro profesores de la Universidad examinaron la toma de posición de McGlynn y no encontraron en ella ninguna opinión contraria a la doctrina católica. El 23 de diciembre de 1892 Satolli reestablecía a McGlynn en la plena comunión con la Iglesia. Los amigos de McGlynn celebraban multitudinariamente su reestablecimiento la víspera de Navidad. ¡El Arzobispo Corrigan se enteró por la prensa! Corrigan se quejaba a Bernard McQuaid, Obispo de Rochester, New York, que su gente estaba indignada con este modo de proceder, "especialmente las clases mejores".

Mons. Satolli le escribió por fin el 28 de Diciembre para notificarle acerca de los pasos dados. Dos días más tarde Satolli respondía a las quejas de Corrigan recordándole que según él mismo decía, el caso estaba en manos de Roma. ¡Esas eran las manos de Satolli! Además, McGlynn nunca había sido sometido a un proceso según las leyes de la Iglesia. ¿De dónde sacaba Corrigan que su autoridad había sido usurpada? Las doctrinas de McGlynn habían sido halladas ortodoxas, McGlynn había pedido excusas por cualquier falta contra la autoridad, y estaba dispuesto a viajar a Roma dentro de tres meses. ¿Qué más se le podía pedir? En Enero de 1893 los eclesiásticos liberales norteamericanos no podían estar más contentos: el Papa acababa de nombrar a Satolli su Delegado permanente para los Estados Unidos. Satolli resolvió otros casos similares en diversas diócesis de los Estados Unidos.

No conozco ningún artículo de Martí en el cual reporte el re-establecimiento de McGlynn por parte del Papa. Martí en esos años ya estaba totalmente envuelto en la organización de la lucha por la independencia de Cuba que finalmente fructificaría en la guerra del 95.

La prensa norteamericana de los primeros meses de 1893 estaba llena de denuncias contra las actuaciones de Satolli y contra sus simpatizantes, acusando a Corrigan de montar toda una conspiración internacional para forzar a León XIII a llamar a Roma a su Delegado. Corrigan era particularmente vulnerable, pues una carta suya en la cual aseguraba la publicación de un artículo "de un amigo" en algún periódico del centro de los Estados Unidos sobre el debate de la escuela católica, apareció en el *Post* el 8 de Enero de 1893. Además, el Arzobispo Corrigan escribió una larga carta a un periódico de Philadelphia bajo seudónimo. El periódico *El Sol* publicaba el 30 de diciembre de 1892 una carta cuyo "...estilo era sin miedo a errores el del arzobispo".

McGlynn partió para Roma a mediados de 1893. Corrigan envió a su secretario, el italiano, Gherardo Ferrante pues pensaba "que había que deshacer todo lo que Satolli había hecho en el caso McGlynn". Ferrante desacreditaría de nuevo a McGlynn ante Ledochowski acusándolo de seguir con su viejo esquema del Impuesto Unico sobre la Tierra y de vivir en la misma casa con una mujer que él llamaba falsamente su hermana.

Reconciliación

El 21 de Diciembre de 1894, a instancias de Satolli, Corrigan por fin recibía al Padre McGlynn en el Palacio Arzobispal. Habían pasado ocho años desde el último encuentro. McGlynn pedía se le nombrase pastor de Santa Ana en Nueva York. El Arzobispo se negó y le propuso en su lugar, la de Santa María en Newburgh, en una pequeña población más al norte, en el estado de Nueva York. McGlynn aceptó.

Corrigan recordaba así el final de la entrevista:

Finalmente se arrodilló para recibir mi bendición y yo le pedí perdón si en el pasado yo había dicho o hecho inadvertidamente algo contra él. El [McGlynn] me respondió, que todos necesitamos el perdón de Dios.

Diez días más tarde era por fin consagrada la antigua parroquia de San Esteban donde McGlynn había servido tantos años. Corrigan y McGlynn estaban ambos en el santuario. El Arzobispo recordó a los que habían trabajado por la parroquia. A McGlynn no lo mencionó.

Epilogos

McGlynn buscó más tarde que se le pagaran los sueldos que se le quitaron durante 8 años. A McGlynn no le dieron nada. Continuó defendiendo el Impuesto Unico sobre la tierra, atacando a las Escuelas Parroquiales y defendiendo las causas del Partido Populista.

El más joven, Martí, murió el primero, el 19 de mayo de 1895. McGlynn el 7 de enero de 1900. Corrigan moría el 2 de mayo de 1902. El Arzobispo pensaba viajar a Roma con un grupo de católicos prominentes para llevarle un donativo al Papa. Su sucesor, el Arzobispo John Farley, lograría unir a la tan dividida arquidiócesis de Nueva York, polarizada entre Corrigan y los sacerdotes de tendencia liberal. Más allá de la tumba, McGlynn y su causa recibirían este consuelo: el Arzobispo Farley distinguiría con el título de Monseñor al abogado y amigo de siempre de McGlynn, Richard Burtzell.

Conclusiones

En el choque entre el Obispo Corrigan y el Padre McGlynn se enfrentaban dos maneras de concebir la tarea de la Iglesia en la sociedad. Para Corrigan, la Iglesia sólo podía asegurar sus actividades, libertad e identidad a través de instituciones propias en las cuales ellas ejerciera un control absoluto. Tal era el caso, por ejemplo, de las escuelas parroquiales. Del Estado y del gobierno local, Corrigan esperaba favores, privilegios, concesiones especiales para poder funcionar como Iglesia. De ahí su estrecha vinculación con la camarilla demócrata y su profundo disgusto ante un discurso y práctica eclesiales que considerasen otros programas políticos como más conformes al Evangelio. Da la impresión que Corrigan no se sintió interpelado por las palabras y posturas del P. McGlynn. El sacerdote irlandés quedó reducido a ser un insensato opositor de la única manera de vivir y entender el catolicismo en aquella sociedad norteamericana. Por otra parte, Corrigan empleó generosamente los bienes de la Iglesia en favor de los pobres a través de múltiples obras asistenciales y se valió de sus conexiones para obtener fondos que luego él utilizaría en beneficio de la población de escasos recursos.

Al P. McGlynn no le interesaba en primer lugar el poder institucional de la Iglesia sino la suerte de los pobres irlandeses. McGlynn tenía una confianza ingenua en la capacidad de la educación pública norteamericana de formar ciudadanos aptos para el buen desenvolvimiento de aquella sociedad. No veía la necesidad de las escuelas parroquiales.

McGlynn también proponía medidas que de aplicarse transformarían el sistema de propiedad privada y el régimen de impuestos.

McGlynn no esperaba resolver el problema de la mano de obra explotada a base de obras asistenciales, sino de una participación de los obreros pobres en la gestión política. McGlynn estaba interesado en una plataforma política como la de Henry George, porque a través de ella, los obreros organizados lograrían mejorar su situación.

Tanto Corrigan como McGlynn emplearon la legitimidad de su ministerio en lograr objetivos partidistas y en apoyar claramente a tal o cual candidato.

José Martí logró distinguir entre dos tipos de catolicismo. Hay un tipo de catolicismo que parece tener una agenda propia, ajena al sufrimiento humano, empleando a veces la religión en provecho propio. Hay también otro catolicismo que se define y hace suya la causa de los pobres. En ninguno de los dos casos Martí se ocupa de lo trascendente. En estos escritos, Martí no parece reconocerle a Jesús de Nazaret ningún valor exclusivo ni determinante. Lo sobrenatural parece ser una cualidad poética de la realidad existente. Lo religioso, en estas páginas de Martí no parece tener relación con lo trascendente, y la existencia de lo trascendente queda como difusa y vaga. Jesús es aquí una ilustración particular de una serie de ideas comunes al lado poético de cada hombre.

Y sin embargo, desde su aparente y vago panteísmo Martí deja planteada tres cuestiones fundamentales al catolicismo de su tiempo: cómo se concilian la fe y la participación ciudadana, dónde se hubiera colocado Jesús en el conflicto que divide las sociedades entre pobres y ricos y cuáles son los criterios de la veracidad del Evangelio en cualquier circunstancia. Las tres han sido tema del magisterio social de la Iglesia y del Concilio Vaticano II.

Todas las actuaciones de León XIII, Martí las redujo e interpretó como meros esfuerzos diplomáticos. Por su parte, el Papa Pecci reevaluó el caso McGlynn desde la práctica disciplinar de la Iglesia e intentando limar asperezas en la opinión pública norteamericana. El Vaticano parece haber actuado, porque a McGlynn no se le había seguido el debido proceso. Habría que esperar hasta el Concilio Vaticano II y nuestros días para que se dieran unas reflexiones más profundas acerca de la autonomía de las realidades terrestres, el papel de la Iglesia en la sociedad y la adecuada relación entre el presbiterado y la participación en la vida política. Temas aún de difícil aprendizaje y vivas discusiones.

Víctima de la violencia liberal y de la intransigencia romana, León XIII estaba casi condenado a no comprender a McGlynn y a terminar en los mejores términos con Corrigan, a pesar de la oposición de éste al delegado pontificio Satolli.

Con la *Rerum Novarum*, León XIII transitaba el camino de la participación, al animar a los obreros a organizarse en sindicatos para obtener sus derechos. Las fuerzas e intereses en conflicto habían enfrentado a los masones, los periodistas y los independentistas como Martí contra la católica España y con la Iglesia institucional, tan bien ejemplarizada por Corrigan.

Pero en 1891, alrededor de los obreros empobrecidos, se unían ahora sin saberlo, León XIII, tan partidario de que Cuba permaneciese española, y Martí, mártir temprano de la independencia, ahora de manos con un sacerdote, activista e impenitente solidario de obreros pobres: el Padre Edward McGlynn.

NOTAS

1. La Gran Enciclopedia Martiana. (en adelante se abreviará GEM, indicando el volumen en cuestión y la página). **Los Estados Unidos**. Tomo 7. 1977, 116.
2. Este artículo se apoya en las Investigaciones del Dr. Emmett Robert Curran, S.J. que culminaron en su **Michael Augustine Corrigan and the shapping of conservative catholicism in America, 1878-1902**. (New York: Arno Press, 1978).
3. Malone, (1918) citado en el **Diccionario of American Biography Vol XII**, 53.
4. Curran, 183 nota 29.
5. Curran, 183.
6. Corrigan a Elder, New York, Sept 18, 1882. A.A.C. citado en Curran, 38.
7. Curran, 187-189.
8. Curran, 188. El Cardenal McCloskey murió en octubre de 1885.
9. Así lo reporta Burtzell en su Diario, libro VI, Oct 1, 1886. Curran, 202, nota 73. El Diario se guarda en el Archivo de la Arquidiócesis de Nueva York (en lo adelante se abreviará AANY).

10. Curran 202, nota 75.
11. Curran, 203.
12. Citado en Curran, 214. Se conserva el borrador de la carta en el AANY.
13. Curran, 213.
14. Meses más tardes varios amigos de McGlynn le reprocharían a Gibbons el no haber presentado esta comunicación donde según ellos, McGlynn oficialmente iniciaba un proceso contra Corrigan. Hay que decir que el eminente historiador y especialista en la materia, Emmett Curran no ha visto nada en la carta que le confiriese el carácter de inicio de un proceso legal, que luego le atribuyeran los amigos de McGlynn. Curran, 262.
15. Curran, 219.
16. Curran, 222.
17. Curran, 225.
18. Curran, 229.
19. Curran, 228.
20. Curran, 228.
21. Curran, 239.
22. Curran, 240.
23. Corrigan continuaba reportando las asambleas en apoyo de McGlynn, enfatizando su naturaleza antipapal. A comienzos de Abril, de nuevo Corrigan enviaba a Roma una lista de todas las ofensas de McGlynn contra la autoridad episcopal y pontificia desde 1882. Curran, 249.
24. Corrigan recibió dos cartas el 19 de mayo de 1887. En una León XIII le expresaba su simpatía por haber sufrido tanto con esa rebeldía contra su autoridad. El Papa no toleraría ninguna disminución de la autoridad de Corrigan. León XIII estaba instruyendo a la Congregación de Propaganda Fide para que tomase las medidas apropiadas. Curran, 250.

25. Curran, 251. A estas alturas, el lector sabrá atenuar estas cifras abultadas de la prensa que sabe engordar o adelgazar según del brazo de quien camine.
26. Curran, 251.
27. Curran, 251.
28. Curran, 252.
29. Curran, 252.
30. Ramón Cernuda (Editor), **La Gran Enciclopedia Martiana Los Estados Unidos Vol 7** (Miami: Ediciones Cultura Cubana, 1977), 116. En adelante citaré esta obra así: GEM y luego indicaré la página en cuestión. Todas las citas se refieren al volumen 7.
31. GEM, 116.
32. GEM, 118.
33. GEM, 125.
34. GEM, 167.
35. GEM, 116.
36. GEM, 167.
37. GEM, 117.
38. GEM, 118. Martí quizá aludía a la campaña de 1884 en la cual G. Cleveland venció al candidato republicano a la presidencia James G. Blaine por un pequeño margen.
39. GEM, 122.
40. GEM, 117. Martí señalará cómo Pío VII, queriendo ganarse la confianza del monarca inglés y anglicano Jorge III (1738-1760-1820), le recordaba la lealtad de los católicos hacia el rey, mientras los protestantes se rebelaban en las colonias inglesas de América GEM, 118.
41. GEM, 166.
42. GEM, 122.
43. GEM, 172.

44. GEM, 172.
45. GEM, 173.
46. GEM, 166.
47. GEM, 116.
48. GEM, 125.
49. GEM, 121.
50. GEM, 119.
51. GEM, 167.
52. GEM, 116.
53. GEM, 122, 123, 124.
54. GEM, 165.
55. GEM, 165. Como he tenido ocasión de decir en otro lugar el catolicismo cubano a lo largo de su historia ha estado marcado por esta cicatriz y surco fundamental: la de no haber podido prestar el servicio necesario a las luchas verdaderas del pueblo desde la década de 1830 por haber sido compelido a resolver dilemas falsos. Fue el tema de mi tesis de Maestría, **The Cuban Catholic Church: True Struggles and False Dilemmas, The Historical Characteristics of the Cuban Catholic Church and their Impact on the 1959-1960 Episcopal Documents.** (Washington, D.C.: Georgetown University, 1982.)
56. GEM, 164-5. Martí alude a las teorías de Henry George expuestas más arriba.
57. Curran, 386.
58. Curran, 386.
59. Curran, 387.
60. Curran, 387.
61. Curran, 390.
62. Curran, 390.

63. Curran, 392.
64. Curran, 393.
65. Curran, 395-407.
66. Curran, 397-398.
67. Curran, 404.
68. Curran, 427.
69. Curran, 425. "Este levantamiento de sospechas aparece como completamente indefendible por parte de Ferrante y del P. McDonnell, presumiblemente con la aprobación de Corrigan, pues el mismo arzobispo había descartado anteriormente la posibilidad de que la piadosa Srta. Smith [guardiana de los hijos de la hermana difunta de McGlynn] estuviera envuelta en cualquier indiscreción con McGlynn." Curran, 425, nota 89.
70. Curran, 457.
71. Curran, 457-458.

BIBLIOGRAFIA

- BELL, Stephen. *Rebel, Priest and Prophet. A Biography of Dr. Edward McGlynn*. New York: The Devin-Adair Company, 1937.
- CERNUDA, Ramón (editor) *La Gran Enciclopedia Martiana. Los Estados Unidos*. Tomo 7. Badalona: Publicaciones Reunidas, S.A., 1977, 1ra edición. Escritos publicados en *El Partido Liberal*, México, 1887. Y en *La Nación* de Buenos Aires, el 14 de abril, el 21 mayo de 1887.
- CURRAN, Robert Emmett. *Michael Augustine Corrigan and the shaping of conservative catholicism in America, 1878-1902*. New York: Arno Press, 1978.
- HENNESEY, James. *American Catholics. A History of the Roman Catholic Community in the United States*. New York: Oxford University Press, 1983, 1ra ed., 1981.
- JOHNSON, Thomas H. *The Oxford Companion to American History*. New York: Oxford University Press, 1966.
- MALONE, S.L. *Dr. Edward McGlynn (1918)*.